

Sueños

Jesús Aguilar



Image not found.

Capítulo 1

Oclimeni

Como verde te ves en verde, como azul a veces te confundo, y en rojo eres el fuego, eres el sol que fulmina. Fulmina, porque me gusta esa palabra.

— He tenido un sueño. — me dices.

— ¿Qué has visto en él? — pregunto.

— Te he visto a ti.

Innatural, el cielo verdáceo, las olas azules y el sol, una pincelada naranja, frente al cual vuelan las aves, como pequeños trazos hechos con un lapicillo; la costa se expande y se retrae, sin olas, moviéndose calmada, y la arena dorada nos rodea y las gaviotas pálidas. Pero cuando vuelva a abrir los ojos no estaremos aquí de nuevo: un mundo o un tiovivo.

— He tenido un sueño. — te digo.

— ¿Qué has visto en él? — preguntas.

— He visto la playa.

— Eso no lo has soñado. Lo hemos hecho justo ahora.

Las calles bajo la aurora que va cambiando y se encuentra, como una microtiza, desapareciendo apenas dibujarse, con el espectro del verde que configura de nuevo en el techo otra panorámica. Los ojos culminan en una vista sobre la azotea del mundo sentados los dos puntillos, y en las calles, las masas se golpean y se pegan evaporándose de nuevo cuando el horizonte se vuelve el mar y una autopista vacía con el Mojave en su torno. La aurora australis y solitario, sino por dos cuerpos rezagados, viviente y no, sólo metal sintético.

— ¿Ahora adónde quieres ir? — preguntas.

— Adonde viviste.

— Es una casa como cualquiera.

— Bueno, está bien.

Columpio engranado en el árbol, guindado como un muchacho de los pies de su papá, y una brillante esfera luminosa por sobre la teja, un canto desafinado y el olor a pinos y a productos de limpieza y a madera y a viejo. ¿Por qué irse nunca?, porque es lo que es. Afuera hay nieve. Pero afuera está afuera siempre, ¿qué me importa la nieve? No veo por qué me iría nunca.

— Porque es sólo una memoria.

Pero de ser por mí, habría estado en una memoria perpetua, sin embargo están arrancando trazas de mi cabeza, el eterno conocimiento de y de no, simultáneos, se deconstruyen sintáctica y estructuralmente, mientras que los códigos y la verdad se rehacen y trato de comprender lo que hay detrás de esa certeza, pero sólo puedo ver a tu cara y a lo que me dices, y sólo puedo entender lo que me indicas como me lo expresas. ¿Qué hay detrás de tu cara?, además de carne. ¿Qué hay detrás de la mía? Además de un sueño milenial de sexo y amor, porque lo hago, porque debo, halada de la correa sácame a pasear. Éste mundo es demasiado bidimensional.

— ¿Tenemos que? — preguntas.

— Me lo has prometido.

Como una última danza, él cree que no lo sé. Cómo muerde su lengua y escupe sangre en el lavabo al hacer una pregunta que le hace recordar, o sólo descontentarse, pero supremo en cama duerme sonriendo como lo ha deseado, rompe el telar a través del que ha visto su destino otrora, una ilusión a merced, rota por mi Dios nada más. Y aunque quisiera odiarle después de cada tango cubierto, no puedo. Así que cierro mis ojos y pretendo, desnuda de cualquier curiosidad o ambición, pero lo único que siempre quise se va borrando con cada uno de mis vestigios. Es natural. En el closet están los cadáveres de los que se descompusieron o fallaron, o sólo creció en él odio, y en el closet me encerrará apenas yo lo haga o me haga, más pronto que tarde, junto a mis hermanos. Salimos como poco hacemos: no le gusta recordar, y vemos cómo se pierde el escozor mientras ascienden hacia el globo lechoso y desaparecen más allá de los malvaviscos grisáceos; y las nocturnas calles sólo se ven iluminadas por las luces interiores de todos los demás cuerpos que pretenden estar vivos con los que pretenden amarles, como yo pretendo de verdad; miles que como él no quieren salir, y otros (a los que ni siquiera amerita llamárseles otros) que lo preferirían, pero se quedan sin cena. Los vivientes se encierran y no hay mugre en las calles; no hay grafiti en nuestra grande utopía, ni cuerpos que en ella vivan, sólo nuestras calles solas y nosotros dos. Adiós a los problemas, a la gente y a las penas, adiós a los pecados y a las alucinaciones desveladoras de un

barbitúrico.

Y cuando llegamos a la costa y a la arena dorada, no hay azul que se retraiga sin olas, porque es el Mojave, y de los esqueletos de los arrecifes crecen más tantos rascacielos.

Privadísimos, siento que alguna vez estuve, pero lo hacemos cada tanto. La primera noche comenzamos.

— Soñé con esto.

— Sólo cerraste tus ojos y te lo imaginaste.

— ¿Qué es soñar sino eso?

— Buenas noches.

Deliraré por siempre con el azul, el rojo, y el verde. Con los brazos que se alzan como en una oración: he visto el comienzo y lo hago ahora el final, siempre tan característicamente predecible desde su inepción, omnisciente la resolución de cada problema, y aunque no viviré para ello, puedo vernos sentados de nuevo en la sala, viviendo memorias manufacturadas con actores como yo. Y no seré de nuevo, porque mis ojos por mí nunca abriré, pero allí estaré. Y aunque debería odiarlo no hago sino sentir amor, porque a eso estoy predestinada. Y aunque me duele como nunca nada lo ha hecho, y aunque siento de repente al mundo hacerse negro, y aún en el azul y el rojo y el verde, lo amo.

Pigmalión

El problema es pensar. De no haber sido por eso habría estado bien, pero fue de mi mano, y tales errores no se cometen de nuevo, mientras reconsidero desde un principio todo lo que daba por sentado, su cuerpo yace en la esquina, perfilada a la perfección con lo que consideré importante. Pero es imperfecta al creer en aberraciones infantiles, como soñar o bien entender lo que hay detrás de una media verdad, porque no hay sino mentiras, blancas, negras u opacas. A lo mejor en silencio todo estaría inclinado, así que reconsideralo.

Perfecta sin boca ni sueños ni creencias, sin Dios alguno, sin nada que saciar pero lo animal, he hallado a la musa dama de los sueños, la perra de rojo que se baña en la ignorancia y en su nada el todo, y cualquier revestimiento que hubo de un pasado sólo yace en el closet o en mi esquina cuando allá miro, ya otra, ya sólo su cuerpo pero no su mente. Un mundo feliz, sin trabajos de verdad antiguos, porque, ¿para qué si siempre puede existir al pulsar de un impresor tu sueño?, que no pregunte con cigarros encendidos en el sofá. Que no diga, ¿qué es de tu mamá? Que no llame a la puerta de los otros demonios y diga que cree

sentirse mal al saber que también le ocurrirá. Porque todos somos igual entre la carne. Yo también tengo mi propio cobertor, ¿por qué no? así que sólo bésame y duerme. No digas más. Y ella no lo hace. No tiene boca ni creencias ni Dios, sólo la conciencia de lo que le remito.

Parece cada día la caja más pequeña, el cubo en disminución, mientras reducimos de una cocina, un cuarto con baño y una sala que es el mundo entero a sólo un cuarto con baño y una cocina, y lo que existe fuera del vidrio opaco y el yeso desaparece, porque no ve la costa ni sueña con que alguna vez hubo algo llamado mar. Y me pregunto si en las demás agudezas que se pueden al aclarar las paredes también vivirán mi desconocimiento y vacante oportuno. Cuando tomo del maná impreso, ella se queda en cama, y mira el techo y el cerrado, indecisa de nada, pero no habla porque no puede. Y cuando vuelvo, está en cama y mira el techo y el cerrado, insegura de su propia existencia, pero no importa porque no existe si no lo quiero. No estoy tan sólo es lo que digo cada día. No estoy nada, ni lo está nadie de verdad. así que, ¿para qué limitarse en ser si se puede no? Y volvemos a la acción.

Traté de ser dulce cuando se lo dije, pero ella quería también.

— He tenido un sueño.

— ¿Qué has visto en él?

— Te he visto a ti.

Y por alguna razón una suma tristeza se introdujo en su corazón, sabiendo que nunca sería capaz. Así que adiós a la dulzura.

— ¿Por qué no?

— Porque no.

— ¿No hay solución?

— No hay solución.

Y en sus cuencas se impregnó de nuevo el vacío de entender por qué no había. Quería volver y reenactar vivencias y diarios inventados, quería verlos en la máquina, pero eran sólo una mentira, un cuento como coartada para rellenar espacios albos.

Creía sentir dolor, y hambre, y sueño. Pero sólo cerraba sus ojos.

Sólo sentía lo que debía y lo que asumí una vez importante. Y como no podía entender su detrás quiso el mío, crónicas vacuas que nada

importan. Pero de entonces ya un año, ya adiós.

Parece cada día la caja más pequeña mientras reducimos nuestro universo, y la idea de una playa desaparece con otro amor, pero quizá otro cuerpo sería mejor. Y cartas y mensajes en mi buzón se apilan mientras deshacemos sábanas en otro arreglo y las volvemos un subibaja de personas que en una vez conocí pero ahora están tan solas como yo, y en ese reconocimiento se hace en mi garganta un nudo que nunca estuvo, impidiendo mi respiración: no es un infarto, pero mi calva no miente, y todos los que habitaron en la madera mueren y los deben enterrar también en mi oset, donde estarán mamá y papá y mi hermana y mi perro. Y por fin comprendo que o todos se han ido o todos lo harán.

Ella se queda en cama mientras levanto la otra, apagada y sin poder hablar, y camino con ella al cuarto, y vemos, los dos, memorias de una casa y el sol sobre sus tejas. Y aunque me gustaría que me hablase, se queda callada, tirada a un lado, con sus ojos abiertos como platos y su boca entrecerrada, cerámica elevada al yeso. Las ventanas se opacan. ¿Quién dice que un sofá no es una cama? Y cuando vuelvo con la otra, ella sólo mira al techo y al cerrado.

Galatea

Aunque quisiera, no puedo hablar con los demás. De pieles claras y oscuras, el resto, guindados como lienzos o como trapos, cuelgan de ganchos que salen de sus espaldas. Se ven y giran sus cabezas a merced de su masa y de la gravedad. Apagados, y yo, que siempre estuve encendida sin que lo supiese, porque, ¿cuál es la diferencia cuando no puedes hablar?, sólo me bato y oigo el afuera, el bullicio que levanta la multitud, llamadas de mentira que se ha inventado él. Una visita familiar de personas industriales, creadas por un Dios solo. Es una reunión para presentarles a su mujer, a su Galatea, pero no a mí. Yo estoy aquí, detrás de la cerrada, adonde siempre vi sin que le importase. ¿Y qué le importa al fin? Si todos han muerto, sólo es jugar a pretender. Yo lo he visto todo.

Cómo han ido desapareciendo nombres de una lista de relativos. Todos ellos, los que cenan ésta noche con él, son sólo fantasmas con recuerdos de mentira que él congratula. De cómo le columpiaron en una ocasión. Y su Galatea la que menos. Jura que ha visto el mar, un mar que ha dejado de existir hace más de cien años. Beben y toman de la teta celestial, todos renacidos.

Soy la olvidada, la no amada, la que no renacerá hasta que se canse, como lo hará, como lo hace siempre, porque todo lo sé también, y en la omnisciencia está el conocimiento de que esto se ha repetido quién sabe cuánto, hasta que se cansa de nuevo y halla t en la soledad y en el sexo, porque no lo hace en la intimidad, aunque lo ha intentado. No abraza

después. Sólo se gira, y enciende el cigarro. Y cuando ella pregunte, ¿cuándo empezó a fumar?, de nuevo, él se cansará. Cuando mamá se equivoque en alguna memoria, él notará lo frágil que es su mente, y lo equívoca que fue su creación. Y entonces yo seré su Galatea, su amada. Seré su Penélope, siempre fiel. Y no habrá de importarme, porque nada lo hace. Y aunque quisiera odiarlo, no podría. Como no puedo sentir amor ni puedo sentir vacío. Sólo puedo sentir el peso de mi propio cuerpo, oscilando como un trapo y vacilando en el vano.

Desde afuera oigo sus risas y su alegría, toda falsa. Y él sólo puede pretender, como pretendo yo, su Galatea.

La noche se hace el día, y el día se hace la noche. No lo puedo ver, pero en mi calendario lo observo, como observo, mediante el tiempo, cómo malfuncionan, y cómo entran también los demás. Y él los reemplaza con otros, con su primo, con otro perro. Pero no si no se agranda.

Ya entonces está asegurado, como siempre lo sabía, que mi futuro sería otro.

Ahora se sientan en la mesa (no lo veo, pero lo sé). Ahora ella pide la comida, pero no come porque no puede. Ellos tienen las vajillas servidas sólo como una película. Y él come. Y los demás charlan mientras come, pero no porque sólo es un acto, sólo es el teatro. Y la casa de cristal se fragmenta. Nunca fuimos al parque de pequeño y lo sabe. Pero puedo sonreír, y asumir, pero asumir es sólo un juego. Y quizá en silencio podría jugar mejor. Ahora les mira. Ahora ella pregunta que qué ocurre. Ahora él les dice que ha sido un error. Ahora empiezan a dormir. Ahora caminan hasta la playa, en una última cita, y él nota que un juego sólo es si ambos quieren jugar, y él sólo quiere dormir. Pero no puede, y esa noción, alejada de cualquier vestigio de racionamiento acaba en lo que siempre lo hace cuando abre el cerrado y me mira a los ojos y me hala de vuelta. ce el amor toda la noche, y cuando llega la mañana y él se levanta y se aleja y me deja en el cuarto no sin antes encender un cigarro, les miro. Y aunque todos están apagados, más allá de una puerta, siento cómo debe llorar por mi sonrisa, y si riese más fuerte podría llorar también. Podría, pero, ¿qué importa al fin? Sola en el diván y sola en la cama, sola en el sofá y sola en la sala. Por eso me conoce, y por eso le conozco. Y por eso ambos sabemos mejor: nadie hablará de nuevo. Y si se vuelve a equivocar aquí estaré de nuevo, entre los que lloran su muerte sin aceptar que ha estado predestinado desde el día en que fueron creados. Oclimeni reniega e intenta olvidar que fue amada, si acaso lo fue. Y yo, pues a mí de verdad no me importa si lo soy o alguna vez lo seré.